su cometido, y es persuasivo y convincente, por ser sincero y fuerte.

El poeta —místico en el más genuino sentido de la palabra— no vive aislado, ni es indiferente al conflicto y confusión de los tiempos modernos, en que parecen derrumbarse los más nobles valores humanos, víctimas del extravío universal de la inteligencia y el endurecimiento de los corazones... Y ante el conflicto, se yergue él, hombre cristiano de veras, confiado y seguro de que la Iglesia, "nave que lleva áncora de esperanza" y antena de lona "en forma de cruz", seguirá avanzando hacia puertos de redención y de bonanza, como Jesús, "viajero de pie enjuto sobre las filos de la ola"...

No cree Carvajal que las ideologías modernas —ni de derecha ni de izquierda— ofrezcan soluciones adecuadas a los múltiples problemas de orden económico, social y político que la humanidad confronta acongojada e impenitente... Para él sólo son adecuadas las soluciones que tengan base firme y diamantina en las verdades eternas. Las grandes revoluciones de los últimos siglos —renacimiento, reforma, liberalismo económico y político, maquinismo tecnológico— han contribuido, cual más cual menos, al desquiciamiento de la sociedad humana, que ha perdido su comunión con Dios. El gran problema contemporáneo es, pues, de índole puramente religiosa, y Carvajal afirma que sólo el retorno al Evangelio puro y sencillo habrá de redimir al hombre. El amor, dice, "no meramente humano, sino otrosí místico y sobrenatural, es el arca de la alianza, antigua y nueva, de la criatura y el Criador". Y también: "Sólo bajo el signo y la luz de la caridad alcanza a ser posible la organización de las naciones" y de las sociedades, y ella "redimirá de su congoja al triste, de su penar al solitario, de su agonía al soñador, de su estulticia al necio, de su rencor al siervo, de su nostalgia al desterrado, de su dolor al prisionero, de su estrechez al pobre, de su riqueza al poderoso".

Es éste el tema central del libro que el poeta ofrece a sus lectores, con la esperanza de serles útil y de aliviar su dolor.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

La ciudad creyente. MANUEL MOSQUERA GARCÉS.—Bogotá, Editorial Centro, S. A., 1938. 229 pp.

La ciudad creyente (edición conmemorativa del cuarto centenario de la fundación de Bogotá) es una serie de ensayos apologeticos divididos

en tres partes. Trata la primera de la acción de España en América, y "defiende el dominio espiritual" por ella ejercido en siglos pasados; la segunda "recuerda el nombre de tres pontífices ilustres que ornaron con sus virtudes y esmaltaron con su saber la silla metropolitana de Bogotá, y que, oriundos de esta ciudad, le devolvieron con su memoria piadosa y con la excelencia de sus obras lo que ella les otorgó por la cuna y la preeminencia"; y la tercera "intenta un examen de las corrientes del misticismo y se detiene en el análisis de la literatura religiosa en el medio santafereño" de la época colonial.

El volumen es por demás interesante, y muy especialmente para quienes nos ocupamos en el estudio de la cultura bogotana que, por razones de "preeminencia", orienta en gran parte la vida espiritual de Colombia y anima su cultura.

El autor —católico de rancia estirpe colombiana— nos presenta sus puntos de vista en forma ortodoxa, ora en cuanto a su contenido, ora en cuanto al estilo de su expresión. Ni quita ni pone a lo ya conocido y por muchos aceptado.

"El magno episodio de la conquista y de la colonización españolas en estos países de las Indias Occidentales", dice en su primer ensayo, "no puede ser juzgado a la simple luz de las interpretaciones económicas, porque la historia de España se muestra como una apretada urdimbre de sucesos espirituales en que el cálculo fenece y se quiebra el fallo profético de los deterministas, para dar paso al predominio de impulsos más levantados"... "España deja brotar claro, sin que sea fácil ponerle tintes turbios que la atenúen, la monarquía invencible de una porfiada religiosidad". Esta es la tesis fundamental del libro. Sobre ella erguido, el señor Mosquera Garcés, brioso y entusiasta, defiende la acción de España en América y ve en ella un empeño de dominación espiritual ajeno a las concupiscencias del mundo, de la carne y del demonio: "Toda la ruta de la conquista es un perdurable acto de fe, una brega constante por la primacía de lo divino".

No todos estarán de acuerdo con el autor, y muchos verán en esa "ruta" trágica mil actos de rapacidad, de violencia, de crueldad, de avaricia, de egoísmo, de arrogancia, de erotismo carnal, de odio satánico. Y los verán, por más que acepten la idea de que "fueron voces de religiosos las que siempre se escucharon para poner contención a los abusos, antemurales a la liviandad y vallas inexpugnables a las demasías". Porque una cosa es el hecho, y otra la voz airada o piadosa que se alza para condenarlo, y porque a veces esa voz quizás no fué sincera, sino lo contrario, hipócrita y aun cínica...

Es cierto que, en su orientación, fué notable y desinteresada la acción directriz de España en América, y cierto es también que, en sus realizaciones inmediatas, la política que siguió para catequizar a los indios dió en ocasiones resultados maravillosos. Es cierto que los religiosos y misioneros instruyeron a los indios, y les dieron un idioma bello, refinado y de uso muchísimo más universal que el de sus variados dialectos; es cierto que los iniciaron en un nuevo mundo artístico en el campo de la música, la arquitectura, la pintura, la escultura, la ornamentación y la poesía; es cierto que los encarrilaron en un nuevo dogma religioso elevadísimo, y les dieron los fundamentos de una ética superior; es cierto que los instruyeron en nuevas normas de gobierno (que quizás no eran superiores a los conocidos en América), y que en mucha parte los fueron reduciendo a la vida urbana, civilizada. Y sin embargo...

Hecha la apología de los misioneros españoles venidos a la América, pasa el autor a hacer la de tres grandes prelados bogotanos: don Hernando Arias de Ugarte (1561-1638), encarnación del espíritu ibero "en sus arranques más puros y en sus preocupaciones más excelsas", humanista de altas disciplinas, oidor de la Real Audiencia de Lima primero y más tarde obispo de Panamá y de Quito y arzobispo de Santa Fe de Bogotá, gran conductor de pueblos y munífico señor a quien nadie ha superado en América por su amor a los indios; don José Telésforo Paúl (1831-1889), brillante orador e incansable misionero jesuita; y don Bernardo Herrera Restrepo (1844-1928), "numen de caridad y de saber", espíritu cívil y patriótico a quien mucho debe la democracia colombiana.

* * *

En la tercera parte del libro, el señor Mosquera Garcés reseña las manifestaciones del misticismo colonial en Bogotá, y, para hacerlo, discute primero la literatura mística española, "garrida floración del espíritu de un pueblo"... que en la Península "se desenvuelve en un ciclo de reducidos años" y "se concreta, en forma insólita, dentro de una época determinada, sin presentar, como las surgidas en países de religión extraña, antecedentes claros y precisos en el terreno filosófico, a tiempo que declina y comienza a extinguirse sin que aparezcan razones fundamentales que lo expliquen".

No nos convence el autor al afirmar que la mística española se desenvolvió "en forma insólita, sin presentar antecedentes claros y precisos en el terreno filosófico". Quienes con mayor cuidado han estudiado la obra de San Juan de la Cruz y la de Fray Luis de León —para citar tan sólo dos

casos— han demostrado que tiene ella firme, preciso y claro fundamento en el racionalismo tomista y también en el idealismo platónico, fuera de haber recibido otras influencias de origen oriental. Y no podría ser de otro modo: ni el alto lirismo de San Juan ni el de Fray Luis podrían surgir a la vida inmortal sin esos antecedentes!

Original es hasta cierto punto el autor en su análisis de la literatura religiosa santaferña, rica en "opúsculos sagrados que corrieron en manos de los primeros pobladores", aunque en general de "mero cariz moralizante, de simple aliento devoto" y de escasa y genuina novedad. Con todo, se hace mención en esta obra del fraile Andrés de San Nicolás y del doctor Juan Bautista de Toro, nacido aquél en 1617, y notable por sus "altas intenciones místicas" y por el carácter "doctrinal y teológico de sus tratados" —que son muchos— y éste, nacido en 1730?, autor que profesó "maneras literarias muy remotas de todo alambicamiento y artificio, y muy ajustadas a la sencillez y propiedad idiomáticas" —cosa rara en aquellos tiempos de locura conceptista y culterana— y que dejó entre los bogotanos tan amable memoria por su grande amor a los indígenas.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

Romancero de la conquista y la colonia, ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.—Bogotá, Litografía Colombia, 1938. 92 pp.

Reunidos en un volumen profusamente ilustrado con interesantes litografías del joven artista don Sergio Trujillo Magnenat, hallanse en este libro trece romances históricos —seis en el "Romancero de la Conquista", y siete en el "Romancero de la Colonia"—, junto con veinticuatro poesías más —sonetos principalmente—, que el autor había publicado en su admirada *Antología poética* (1932), y que se refieren a temas relacionados con la historia colonial de Colombia.

Convencido Arciniegas de que "los romances históricos que se han publicado en Hispano América" tienen el inconveniente de que sus autores, "en la mayoría de los casos, trasladan a octosílabos, casi literalmente, los relatos de historiadores o cronistas", ha hecho en su romancero un notable esfuerzo por "hermanar" los viejos relatos con el "lenguaje poético", llenando con "sugestiones de la fantasía" las lagunas encontradas en aquéllos, sin "adulterar en lo más mínimo la historia nacional" y con el loable deseo de